

XXV
Encuentro
Literario



NOVENO

SIN TÍTULO

Sofía Bernal Sierra - Anónima (9º A)

Desde mi habitación en el manicomio, veía las ardillas trepar en los árboles, los padres entrar solos y salir con sus hijos, los novios entrar a visitar a sus novias. Veía reclusas entrar, veía a otras salir, y a otras llorar y gritar encerradas allí adentro de sus celdas, algunas con camisas de fuerza y otras dopadas permanentemente porque eran demasiado peligrosas para estar en sano juicio.



Ya había estado seis años como reclusa en el bloque cuatro de la sección de mujeres, me internaron por asesinato. Primero todo empezó con animales, sentía fobia a los animales domésticos tales como perros, gatos, conejos y hasta caballos. Recuerdo la primera vez que vi un perro hambriento, iba caminando por la calle, y vi un señor con una cuerda atada a un perro pequeño, peludo, con un moño en cada oreja, y al frente un perro callejero, hambriento, sucio, estaba herido de todas



las veces que había sido golpeado por los panaderos cuando irrumpía en sus tiendas; el animal le ladraba a un estante de comida rápida, indicando que quería saltar sobre ella y comérsela toda. Tenía siete años, había salido a hacer unas compras porque hacía falta comida, estaba con mamá en el andén, fue un espectáculo de la naturaleza bellísimo. Quise adoptar el perro, y de hecho se lo dije a mi mamá, ella aceptó y lo llevamos a casa. De paso por el edificio pasamos por una tienda de animales, donde compramos una cuerda, y el resto, como dicen, es historia. Después de dos días de cuidar al animal, ya lo quería tirar a la calle de nuevo. Era insoportable, ladraba cada segundo, orinaba por toda la casa y nunca obedecía. Un día después del colegio, el perro me empezó a ladrar para que jugáramos, pero yo no podía pues tenía que estudiar. El perro seguía insistiendo, entonces tomé un cuchillo y lo empecé a herir, entonces fue ahí donde descubrí el verdadero placer: ver toda esa sangre correr por las piernas del animal, sus gemidos.

“Reclusa 04228, tiene una visita, reclusa 04228” dijo una voz por el parlante. Me paré de la cama y fui a la sala de visitas, había mucha gente, madres con sus hijos, abogados con los presos y al final de la fila de mesas había un señor sentado, tenía un aspecto demasiado aseado, llevaba puestas las gafas de sol, y un maletín. Sospeché que era él quien me necesitaba porque me hizo señas con las cejas. Me dirigí con un paso tímido y silencioso. – supongo que usted es Marianne Federigi- dijo el señor sin levantar la mirada de la mesa. Respondí mirando el piso.



Él continuó, -señora Mari... -Señorita, -dígame señorita-, le interrumpí; señorita Marianne, Dijo enfatizando el señorita, Vengo a informarle que el día de su ejecución será el 24 de este mes; Luego se paró haciendo un gesto de despedida y se fue alejando por el pasillo.



Estoy acusada de asesinato, dicen que maté a mi esposo, a mi vecino y al cartero. Yo les he dicho siempre que lo tuve que hacer, ellos me fastidiaban la vida, mi esposo era un bueno para nada, mi vecino era mi amante y pensaba acusarme a mi esposo, y no lo permitiría, y el cartero solo fue por placer, pero eso queda entre el papel, el lápiz, el cartero y yo. Se llegó el día de la ejecución, reclusa 04228 salga de la celda y dirijase al pasillo, dijo la voz por el parlante; me dirigí al pasillo, luego me llevaron a una celda donde me cortaron todo el pelo, y me vistieron. Realmente no sé para qué nos visten si vamos a morir, pero era inútil luchar por esto, Salí de esta celda y me dirigí a la sala de ejecución, me sentaron en la silla, me amarraron, y abrieron la cortina, ahí estaba la esposa de mi vecino, la última cara que vi, pero nunca le mostré arrepentimiento. Estaba feliz por dentro, lo sabía, aunque ella se mostraba triste, llorando, como la hipócrita que era, si ella supiera lo que le hice a su marido, no estaría fingiendo esa felicidad. Le hice un gesto de despedida, cerré los ojos y me dispuse a imaginar cómo sería el cielo.

